

En el análisis del espacio y la volumetría en la arquitectura árabe (tema al que vuelve en el *Manifiesto*) está lo mejor del libro y se constituye como un excelente ejercicio de morfología y lectura arquitectónicas.

Llevada al espacio americano, esta conceptualización da como resultado la unificación de las Españas en el continente nuevo y la unificación del mismo continente a través de lo español. En la tierra ocupada se planta la arquitectura peninsular y ésta dota de historia a un espacio antes carente de ella. Como en el caso del imperio romano, hay más la fundación de una *ecumenes* que una colonización.

Por fin, el *Manifiesto* es un documento sobre la evolución de la teoría arquitectónica española en la década del cincuenta. Agotada ya la experiencia triunfalista y escorialista de la inmediata posguerra y renovados los equipos gobernantes, que transitaron del neofascismo al neocatolicismo, la fundamentación de una nueva arquitectura se imponía. Desde luego, no podía hablarse del *Kitsch* del primer franquismo ni de una vuelta al racionalismo tímido de los años treinta, a riesgo de caer en el arte ateísta y masónico de la República. Tomando como paradigma la Alhambra, Chueca rehabilita hábilmente las tesis racionalistas sin decir su nombre: búsqueda de un módulo humano para diseñar, carácter eminentemente habitacional de la arquitectura, ausencia de molduración, nobleza de los materiales, sinceramiento constructivo, rechazo de la pacotilla y el similar, decoración a partir de mostrar los materiales constructivos como tales y la «desnudez» del edificio.

Discutible a veces, en otras contradictorio, sugestivo siempre, el Chueca teórico y analista de la arquitectura es de lectura inexcusable para quienes quieran conocer no sólo a nivel erudito, sino crítico, la vida arquitectónica de España.—B. M.

ANTONIO RODRIGUEZ JIMENEZ: *Vértigo de la infancia*, Aeda, Gijón, 1980, 46 páginas.

La infancia perdida y los intentos de recuperarla por medio de los trucos del arte y la memoria son una inquietud que recurre en la historia de la literatura. Los mitos mesopotámicos, luego recogidos en la Biblia, ya hablan de un jardín perdido donde no había escasez ni muerte y la nostalgia de esos orígenes de la vida, sin ninguna de las desazones y angustias de la propia vida, se convierte en búsqueda mítica.

Este poemario de Rodríguez (Córdoba, 1956) vuelve a la dicotomía jardín perdido-jardín recuperado, al canto de la tristeza por la infancia y sus seguridades extraviadas en la juventud y la madurez, al diseño de la vida como el envejecimiento del niño.

Retornar, en el tiempo, a un tiempo protegido y sin transcurso es una de las grandes tentaciones del arte. Es tener, de nuevo, esa temporalidad donde

*No te importan las cifras ni los nombres,
no te preocupan los referéndums ni los partidos,
no lees los periódicos ni buyes de los clochards,
ni te persiguen los autobuses ni las horas.*

Poemarios como el presente no sólo acuden a una temática arquetípica, sino que permiten meditar sobre los cambios sociales y su trasfondo angustioso en esta elegía por la infancia muerta que se parece, sugestivamente, a la pérdida de protección y el sentimiento de orfandad que suelen prosperar al término de una dictadura.—B. M.

FLORINDA MINTZ: *Oración profana*, Tres Tiempos, Buenos Aires, 1978, 59 páginas.

Todo libro inicial implica una prueba para iniciarse en la ruptura o en la docilidad. El poeta que empieza se apoya en los antecesores que elige o en una distancia frente a unos ancestros que podría elegir, pero que rechaza.

El libro de Mintz apela a una continuidad ilustre: el surrealismo francés, en algunos nombres inexcusables: Paul Eluard, René Char. Sin embargo, lo mejor del poemario es lo que logra zafarse de esta compañía, acreditada en los constantes epígrafes: una poesía biográfica, introspectiva, narrativa a veces, en términos simbólicos, de una búsqueda de la identidad en la memoria y en los objetos inmediatos. Esta búsqueda se traduce, en otros momentos, en una interrogación existencial:

*Me pregunto
cuál es la huella que sigo,
cuál es mi sombra.
Me pregunto
si la oscuridad que vivo
es una llamarada
que abre escondrijos,
o una luz diminuta
o un silencio.*

La definición de ciertos poemas señala el territorio en que Mintz podrá insistir con felicidad: cuando el sujeto se borra y se puebla de ausencias, cuando el tiempo vivido es una huella efímera y una fuga, cuando se interroga al espejo por sí mismo y la respuesta es un hueco donde apenas alienta la respiración del poeta.

*Soy tal vez quien escribe
en este cuarto
y respira jadeante
el aire espeso.*

En este biografismo y en sus dificultades líricas está la tarea futura de Mintz, despejado el espacio de la tentación retórica del surrealismo y de la inefabilidad de las plegarias que, desde luego, no son el acceso excelente al poema.—B. M.

DEMETRIO GUTIERREZ ALARCON: *Los toros de la guerra y el franquismo*, Caralt, Barcelona, 1978, 239 páginas.

El juego taurino ha tentado marginalmente a los historiadores, salvo en obras enciclopédicas, tan puntuales como escasas (el caso ilustre es la de José María de Cossío). El resto de la literatura tauromáquica suele ser aritmética erudición o lirismo de opinable gusto, tentado por la presencia mitificadora del casticismo.

Sin embargo, una mirada crítica puede leer en la historia del toreo algunos síntomas definitorios del conjunto histórico español. Tal vez esté por escribirse una sociología del deporte nacional y allí no será difícil encontrarse con las connotaciones políticas de un populismo aristocrático, luego continuadas en las de un tradicionalismo conservador o francamente retrógrado.

Desde luego, en este plano, como en otros, hay excepciones, y deberán contarse en su momento. Entre tanto, libros como el de Alarcón contribuyen, con su incansable trasiego de información, a preparar el campo. El autor rastrea la vida taurina española desde el Alzamiento hasta la muerte de Franco. Le es difícil ocultar su simpatía por el *Ancien Régime*, pero hay que anotar también el constante esfuerzo de objetividad con que se maneja.

Se examinan así los avatares del toreo durante la guerra (mayoría de diestros simpatizantes del franquismo, dificultades para conseguir animales de lidia, movilización de los toreros, intentos de los republicanos por transformar la fiesta taurina en una fiesta de las izquierdas,

cambiando los indumentos tradicionales por otros, de tipo proletario; extinción paulatina de las ganaderías por expropiación, huida o ejecución de sus dueños, y porque el hambre hace sacrificar los animales para comerlos, etc.). Esta crisis, no obstante, no impide la aparición de ciertas estrellas como Antonio Bienvenida y Manolete, lo cual acredita que, más allá de los bandos, el deporte taurino sigue siendo popular y conservando su vigencia. Desde luego, los sectores más ilustrados del bando leal tratarán de abolirlo, clamando contra el tradicionalismo y acusando de fascistas a la mayoría de los toreros en actividad.

También importa el toreo de la inmediata posguerra y la actitud francamente estimulante del gobierno hacia él. La fiesta no falta en cualquier celebración oficial. Las corridas de beneficencia son una de las instituciones del paternalismo franquista. El Caudillo frecuenta el palco de honor en la plaza de Ventas. Esta constante coincide, por paradoja, con una mala situación del juego, sobre todo por la decadencia de las ganaderías. Por ello se impone reglamentar y burocratizar el toreo, y allí van los esfuerzos de otro taurófilo, el ministro Girón de Velasco.

La utilización política de la fiesta está bien vista por Alarcón: «En las plazas no había ya rojos ni falangistas, sino aficionados a la fiesta nacional. Y siempre ha sido buena táctica distraer al pueblo de preocupaciones más importantes, como pueden ser las sociales y políticas, alejándolo en lo posible de oportunidades de crítica, cuando no de conspiración» (pág. 102).

En el ascenso social del torero que pasa de maletilla pobre a millonario y figura del *jet set* también puede leerse uno de los rasgos del populismo. El paradigma es la figura de *El Cordobés*, que logró gozar de cierta privanza por parte de la familia Franco. Es el desclasado que toma partido por la clase poderosa y trata de borrar todo signo estamental de pertenencia a la clase de origen, proclama su apoliticismo y, de hecho, su adhesión a la situación consagrada por el poder. Se convierte, así, en una moralidad engendrada por la sociedad de clases que, por su medio, demuestra cómo las barreras sociales pueden ser franqueadas por el individuo excepcional y cómo el privilegio económico corona al privilegio «natural». El prócer populista es mostrado luego como personaje de identificación de las masas, que pueden vivir la fantasía de su elevación social a través del símbolo socialmente elevado.

El material minuciosamente recogido y ordenado por Alarcón (carrera de los diestros, evolución de las ganaderías, normas legales sobre el toreo, programas anuales de las plazas, etc.) se completa con una bibliografía y una cronología especializadas. — (BLAS MATAMORO. *Ocaña*, 209, 14-B, MADRID-24.)